

# TRADUCCIÓN

## COMPENSACIÓN

ANJANARANJAN ‘DAAG’

Traducción de  
Yogendra *Swaraj* Sharma  
y Guiomar Acevedo López

La presente pieza literaria fue tomada de una compilación de varios cuentos<sup>1</sup> premiados en 1986 por prestigiosas revistas literarias de India. La compilación fue hecha por Chitra Mudgal,<sup>2</sup> una de las más renombradas escritoras en el actual mundo literario de hindi. Quizás muchos críticos o autores no estén de acuerdo con ella, mas su objetivo como escritora es claro: “Para mí, la escritura nunca fue un tema de placer o satisfacción propios, ni algo que tiene que ver con la fascinación de las palabras; mis obras tienen el propósito de transmitir a los lectores el

<sup>1</sup> Chitra Mudgal (ed.), “Compensación” (*Puruskrit Kahaniyan*), Delhi, Santosh Prakashan, 1987, pp. 53-62.

<sup>2</sup> Chitra Mudgal (10 de diciembre, 1944, Chennai, India) hizo su maestría en literatura hindi y tiene un diploma en *Fine Arts*. Además, se interesa, incluso de manera activa, por otras ramas de la creación artística, como la danza clásica de India, la pintura, etcétera. Cuenta con más de 37 publicaciones. Algunas de sus obras importantes son las colecciones de cuentos: *Zabar Thebra Hua* (1980), *Lakshagraba* (1982), *Apni Vaapsi* (1983), *Gyarab Lambi Kahaniyan* (1987), *Charchit Kahaniyan* (1994), *Jinavar* (1996); Novelas: *Ek Zamin apni* (1990), *Aawaan* (1999), *Gilligadu* (2002); Cuentos cortos para niños: *Jungle Raaj Ka* (1980), *Desh Desh Ki Kathayein Lok* (1986), *Neeti Kathayein* (1987), *Soojh Boojh* (2003), *Ped Khargosh Par* (2006), *Puerta Ke Dhol* (2006); Obras dramáticas: *Panch Parmeshwar Tatha Natak Anya* (2005), *Sadgati Tatha Natak Anya* (2005), *Boodhi Kaki Tatha Natak Anya* (2005). También ha editado libros y traducido al hindi obras del inglés, gujarati y marathi. Sus obras también han sido traducidas a varios idiomas, como el bengalí, el inglés, gujarati, malayalam, maratí, oriya, telugu, urdu, italiano, alemán y checo. Chitra Mudgal recibió el prestigioso premio Samman Vyas, por su libro *Aawaan*, 2003.

mensaje de que uno nunca debe sentirse solo ni desamparado”.<sup>3</sup> De la misma manera, podemos percibir su compromiso social en la elección de los cuentos del presente libro.

Todos los cuentos del volumen surgen de la pluma de autores jóvenes y desconocidos.<sup>4</sup> La rabia contra las injusticias y la aguda observación de los hechos sociopolíticos por estos escritores jóvenes se perciben en los cuentos. La década de los ochenta fue una época de muchos cambios en el ambiente sociopolítico de India. La independencia tuvo que aguardar detrás de una cortina de tres décadas. Una pregunta importante era, ¿qué estamos haciendo o hemos hecho hasta ahora con la Independencia? ¿Hacia dónde nos encaminan el gobierno y su modo de gobernar?

El presente cuento fue premiado en 1986, lo cual señala que fue escrito ese mismo año o un año antes, cuando la autora todavía tenía fresca en la memoria la cruel masacre de los integrantes de la comunidad *sikh*,<sup>5</sup> después del asesinato de la primer ministro de India, Indira Gandhi, un acontecimiento triste que trajo consigo “consecuencias” inhumanas, y cobró la vida de casi de 3 000 personas, en tres días. Mencionamos este hecho porque, en esos momentos, en la India de Gandhi y Buda, se dejaba ver lo más oscuro del ser humano, en la capital de este país y a su alrededor: el toque de queda; la masacre de familias enteras, junto con los niños y las mujeres; el saqueo. El terror reinaba en las calles durante el día, y en las noches el silencio se hacía cómplice de la incertidumbre. Tal vez éste fue el acontecimiento más triste y violento después de la Partición de India, tras la Independencia. Hay versiones que señalan que estuvieron involucrados algunos políticos corruptos y poderosos.

El cuento que sigue está situado en un ambiente que tiene semejanza con la triste idea de que el poderoso y el corrupto

<sup>3</sup> *For me, writing was never a subject of self-pleasure or self-satisfaction, nor something to do with fascination for words; my works are meant to convey to my readers the message that they should never feel lonely or helpless.* [Consultado en <http://www.chitramudgal.info>].

<sup>4</sup> Al parecer es el único cuento que escribió (y publicó) Anjana Ranjan “Daag”, pues según mi correspondencia con Chitra Mudgal, compiladora de este libro, quizá, lamentablemente, no hubo más creación literaria por parte de la autora.

<sup>5</sup> Los *sikhs* son una de las varias comunidades minoritarias de India. Representan 2 o 3% de la población de dicho país.

siguen siendo los tiranos, y que los que más sufren son los marginados. Es un acto de denuncia social contra todas las fallas del sistema político. Sin plasmar panfleto alguno en pro o en contra de algún partido en particular, la autora cumple su “misión” de crear conciencia entre sus lectores porque, como escribe Chitra Mudgal, “de espaldas a su tiempo, su espacio y su contexto social, cualquier escritura se vuelve algo sin rumbo y sin sentido”.<sup>6</sup> Y la sociedad de los ochenta en India estaba gozando y a la vez sufriendo muchos cambios.

Este cuento narra una desgarradora historia de pérdida y desasosiego social. Tiene como contexto India contemporánea y describe el abuso de autoridad encubierto por un estado de derecho supuestamente justo.

En un pequeño pueblo de Bihar, uno de los estados más pobres de India, la policía ha reprimido a un grupo de manifestantes, quienes exigían la regularización de los problemas de tenencia y reparto de las tierras. Hombres, mujeres y niños han sido brutalmente asesinados, y los aldeanos, destrozados por el dolor y presas de un miedo absoluto, esperan ansiosos que el gobierno central otorgue compensaciones monetarias a los familiares de las víctimas.

Angrahit, hombre maduro que abandonó su pueblo durante la última sequía y migró a Calcuta para trabajar como maletero en la estación de Haura, recibe una carta de su sobriño informándole de la muerte de su hermano menor.

Angrahit deberá regresar de prisa al pueblo que dejó atrás, con la intención de ayudar a la familia de su hermano, pero a su vuelta lo encontrará sumido en la ruina y presa de la miseria.

Tras una noche tormentosa, marcada por el subrepticio asesinato de uno de los policías homicidas, Angrahit, único testigo de dicho crimen, se verá confrontado por la realidad de un pueblo aterrorizado por autoridades que buscan un culpable, alguien a quien castigar a toda costa.

Así, este cuento retrata la vida de un pueblo que se ve sujeto a un régimen de orden y justicia, que se lleva a cabo a mano propia, ya sea por una muchacha dispuesta a vengarse, asesi-

<sup>6</sup> Chitra Mudgal (ed.), *op. cit.*, p. 7.

nando al verdugo de su marido, o por un grupo de policías en busca de un chivo expiatorio.

Cargado de una sensibilidad a veces brutal, “Compensación” es una fuerte crítica social a la corrupción del gobierno indio, que refleja el espíritu de solidaridad con el pueblo de su autora.

## COMPENSACIÓN

Salve Dios.

Carta escrita por el señor Upama Jog.

Saludos de Lakshman Babua al hermano mayor de su padre. Le cuento que en nuestro pueblo llueve sobre mojado. Han muerto un montón de personas, como peces fuera del agua. También a papá le tocó un balazo. Mamá llora día y noche porque ahora es viuda. El señor Ojhaji protestó en la Biblioteca Gandhi por las broncas del reparto de tierras. De pronto llegó la policía y acribillaron a todo el mundo, hombres, mujeres y niños. A Ojhaji le tocó una bala. Usted debe saber que no queda nada en la casa. Nos gastamos todo en la incineración de papá. Ya estamos a punto de vender el buey y la vaca. Comemos cuando se puede. Cuando mamá logra traer algo a casa, entonces hacemos de comer. Considere esta carta un telegrama lleno de malas noticias y venga rápido. Pero, por favor, no entre al pueblo de noche. En la noche la policía agarra a quien sea. Todavía no se han encontrado los cadáveres de todos los desaparecidos.

Venga pronto, se dice que el gobierno va a dar una compensación. A mamá también le toca, algo así como 5 000 rupias. Pero la policía dice que el reparto de las compensaciones depende del humor de la policía. Qué más puedo escribir, traiga por favor ropa para mamá. Después de bañarse se queda desnuda porque ya no tiene nada que ponerse.

Siempre suyo,

Lakshman Babua

Al leer la carta, Angrahit sintió que se desmayaba. Sus colegas *kulis*<sup>7</sup> llegaron corriendo a ver lo que pasaba y leyeron la carta. Sobre la estación de Haura lo rodeaba una decena de *kulis*; le echaban agua en la cara y se hacían a un lado para que pudiera pasar un poco de aire.

—Hermano... ¿Ahora qué vas a hacer?

Angrahit se quedó callado.

—Sólo hay una cosa que hacer. Toma este mismo tren y vete.

Al decir esto, otro *kuli* lo agarró y lo metió en uno de los compartimentos del tren. Angrahit se sentó, sintiéndose com-

<sup>7</sup> *Kuli* es un apelativo que hace referencia a una persona cuyo oficio es el de cargar bultos; en este caso, un maletero.

pletamente acongojado. Cuando el tren se llenó, Angrahit se volteó y dijo:

—Disculpen, hermanos, quizá no nos volvamos a ver. Este hombre hecho de tierra pueblerina morirá en su pueblo.

El tren corría hacia su destino. Angrahit se despedía de sus compañeros mientras se ponía en marcha hacia su pueblo, para sufrir su vejez. Treinta años antes, tras una gran hambruna, Angrahit había salido huyendo del pueblo a Calcuta, con su hermano Bisesar. En la ciudad, la vida era ajetreada, y en su desesperación se hizo *kuli* en la estación del tren. Era joven y no tenía ningún problema para cargar las enormes maletas de los pasajeros; de las más pequeñas se encargaba Bisesar. Después de diez años, Bisesar cumplió veinte años. Dos años más tarde, Angrahit lo mandó de regreso al pueblo para casarlo. Se arregló el matrimonio de Bisesar con Joguín, y al año siguiente llegó la noticia del nacimiento de Lakshman.

Angrahit recibía, muy a menudo, noticias de lo que sucedía en el pueblo. Todo iba bien, por su cauce, como el tranquilo río Jamuna.

Cuando cumplió cincuenta años, a Angrahit le cayó encima una montaña de problemas: murió su esposa y poco después su único hijo. Con estas pérdidas, algo se fragmentó dentro de él. Sobre todo por el dolor de perder a su hijo. La familia de Bisesar era todo lo que le quedaba; por lo que, aunque antes nunca iba, ahora visitaba el pueblo cada mes. Siempre llevaba regalos de Calcuta para Lakshman.

Como él era casi su suegro, su cuñada se cubría la cabeza con un velo en su presencia. Tal y como una mujer pudorosa en la casa de sus suegros, Joguín nunca se descubría la cabeza frente a Angrahit. Por la ternura que le inspiraba, con el tiempo él la empezó a tratar como a su propia hija; y la formalidad empezó a cesar. Pero pueblo chico, infierno grande. Empezó a circular un rumor absurdo. Cuando el viejo viudo se enteró, se regresó a Calcuta y juró nunca volver al pueblo, para no causar más problemas. Pero ahora, con la muerte de Bisesar, su juramento había tenido que romperse.

Su mirada colgaba de la Vía Láctea, a través de la ventana abierta. En el vacío del cielo vio venir al rostro de Bisesar, for-

mado de nubes. El recuerdo de su hermano lo estaba matando; y con tristeza cerró la ventana.

Pasó lo que temía: anocheció antes de llegar al pueblo. La oscuridad de la noche de luna nueva se alargaba infinitamente, como la ropa de Draupadi.<sup>8</sup>

Lleno de tristeza se bajó en la estación del pueblo. Si decidía quedarse allí, la policía llegaría. Pero regresar no era una opción. Obligado por su deber, empezó a caminar hacia delante. Los gritos de las viudas jóvenes le penetraban el alma; y los gritos plañideros de las madres que habían perdido a sus hijos le estaban rompiendo el corazón. De pronto le pareció escuchar los gritos de su propia familia y comenzó a correr con desesperación.

—¿Quién, imbécil, anda ahí? ¿Adónde va corriendo? —dijo una voz, con autoridad, y él se detuvo, súbitamente.

—¿Por qué corres? —rugió un policía que se acercaba a él.

—Jefe, mi nombre es Angrahit —dijo, con voz suplicante—. Vengo de fuera. Voy llegando, pero éste es mi pueblo.

—Pero, ¿por qué corres, estúpido?

—Perdóneme jefe, pero tenía miedo. Estaba corriendo por miedo —contestó Angrahit, con voz sollozante.

La luz de la lámpara lo recorrió mientras el policía lo miraba con detenimiento. Después de ordenarle que fuera a la estación de policía a la mañana siguiente, el policía lo dejó ir.

La calle principal, la de la biblioteca, estaba lejos de su casa, por lo que tomó un atajo. Mientras más se acercaba a su casa, más deprisa le latía el corazón. Corriendo llegó a un denso plantío de mangos, ya sólo faltaban cincuenta metros para llegar a casa. Entró al plantío sigilosamente y con miedo.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Me vas a matar, *sipahi*! —los gritos de una muchacha lo hicieron detenerse.<sup>9</sup>

<sup>8</sup>En el *Mahabharata*, Draupadi es salvada de la vergüenza y el deshonor de ser desnudada en plena corte gracias a la intervención divina de Krishna, quien intercede y le proporciona a Draupadi un nuevo *sari*, debajo de cada *sari* que le es desgarrado y arrebatado.

<sup>9</sup>Aunque no es una traducción exacta, en este texto se intercambian indistintamente *sipahi* y oficial de policía. En el texto original, la palabra que aparece siempre es *sipahi*.

—¡Ya, ya! ¡Me estás lastimando! —dijo la muchacha.

—¡¡¡...!!! ... ¡¡¡...!!!

—¡Déjame o voy a gritar! —rugió la muchacha.

Se oyeron golpes; y junto con el ruido de una cachetada se oyó la amenaza en voz masculina:

—No te pases de lista o te mato aquí mismo. No gritas tanto cuando recibes dinero, ¿no? Con la compensación que te voy a dar, todos en tu familia van a vivir como reyes.

La muchacha, atrapada entre los brazos del policía, se calló. La respiración de Angrahit se entrecortó nada más de imaginarse la escena. Él ya había visto a las mujeres de su pueblo vivir el dolor de la violación durante la hambruna que ocasionó la gran sequía. Después de la inundación, cuando los intestinos ardían de hambre, las mujeres de piel suave vendían sus cuerpos a propósito, como si fueran cosecha.

Tanto la noche como Angrahit estaban en silencio pero, de pronto, el silencio se rompió:

—¿Cuándo voy a recibir el dinero? —preguntó la niña.

—Pasado mañana.

—¿Cuánto voy a recibir?

—¡Cinco mil! ¡Cinco mil! —contestó el hombre, carcajeándose.

—La compensación de Parvati aún no ha llegado del Punjab. ¿Cómo va a creer uno en el gobierno? —dijo la muchacha—. Lo único escrito en nuestro destino son la miseria y la pobreza. Ahora ya no me importa que me llamen una cualquiera o que me digan puta y me señalen en la calle. Nada me importa mientras mis hijos puedan comer dos veces al día.

—Ya va a llegar el dinero. No te preocupes por el Punjab —dijo el hombre—. En Punjab se mueren unas mil personas diario, por eso no les pueden pagar a todos. Pero esto es Bihar. Aquí dan una recompensa de cinco mil rupias por cada balazo.

—Sólo Dios sabe... —sollozó la muchacha.

—¡Ni me menciones a Dios! —gruñó el hombre, y la horca de sus brazos volvió a apresar a la muchacha—. Deja a Dios en paz y mírame a mí y a mi rifle. Pasado mañana, gracias a este rifle, serás rica.

—¡Ah...! ¿Este rifle mató a mi esposo? —preguntó la muchacha, con voz sorprendida.

—Sí, éste mismo.

—¿Sí? ¿Estás seguro?

—Tu esposo era aquel hombre que tenía un tatuaje en la muñeca, ¿no? —rió el hombre, mientras tomaba la mano de la muchacha—. Y tenía seis dedos en lugar de cinco...

Todo lo que parecía haberse apagado ya como cenizas en aquella mujer, de pronto volvió a encenderse. Lleno de orgullo por su hazaña, el policía veía hacia arriba, al cielo nocturno. Aquella “cualquiera”, víctima de la miseria, al reconocer al verdugo de su esposo, despertó; y de cada poro de su piel salía fuego. Su trenza, ondulaba en la base de su cabeza, como una víbora en busca de venganza; y en su rostro se veía que ella misma sentía miedo de su propia ira. Pasó un momento en silencio y después empezó a besar el pecho del policía, mientras su mano se cerraba sobre su rifle. El hombre, al sentir las caricias cerró los ojos.

El ruido de la bayoneta del rifle perforó la noche.

La mujer siguió acuchillando con rabia el cuerpo del policía y Angrahit salió corriendo...

Angrahit corría con lágrimas en los ojos.

A la mañana siguiente, la noticia del asesinato del *sipahi* se esparció como fuego por el pueblo. La bayoneta seguía encajada en el cuerpo desnudo y ensangrentado del *sipahi*. Con el asesinato de aquel policía, la tierra misma del pueblo se había sacudido. El pueblo ya había visto y sufrido el terror de la policía antes. Hasta ahora, la memoria de los cuerpos agonizantes aún no había sido olvidada. La tierra del pueblo de Arawal aún estaba pegajosa con la sangre de los obreros y los campesinos. ¿Asesinar a un *sipahi* en tiempos como éstos? ¡Ojalá esto no se convierta en una revuelta de rebeldes!

Nadie sacó a las vacas ni a los bueyes de los establos. Durante todo el día, en todo el pueblo hubo un silencio mortuario. Todo pasó en la madrugada. Los aldeanos, aterrados por la supuesta revuelta y sus consecuencias, estaban todos ocultos en sus agujeros. La investigación de la policía iba a su propio ritmo. Los pasos de las botas de los *sipahis* podían ser oídos con toda claridad. El único testigo del asesinato de la noche ante-

rior, Angrahit, permanecía despierto, inmerso en un miedo inadvertido. Fumaba *biri*<sup>10</sup> y cubría su boca para amortiguar el ruido, cada vez que tenía que toser. En la tenue luz del cigarrillo, viendo la actitud tensa de Juguin, todos sus miedos se convirtieron en certezas; y al sentir cómo los miedos de la mente se convertían en una realidad, Angrahit sintió como si sus venas fueran desgarradas.

—¡Toc, toc, toc!

Al momento de oír los golpes en la puerta, Angrahit y Juguin se paralizaron, como si hubieran sido mordidos por una serpiente.

Juguin se levantó y se acercó a Angrahit. Ambos respiraban pesadamente, pero sus cuerpos se sentían ligeros.

—¡Toc, toc, toc!

Al segundo golpe, Juguin, dijo temerosamente:

—¿Quién es? ¿Qué pasa?

—¡Abre, paria! ¡Abre la puerta!

—No hay ningún hombre en la casa. No abriré la puerta —gritó Juguin.

—Si no abres la puerta, entonces te quemaremos viva dentro de tu choza.

Angrahit se encontraba parado al lado de la puerta y Juguin tenía la espalda contra la pared. Angrahit, viendo que la muerte estaba enfrente de él, se movió y abrió la puerta con miedo. Tres *sipahis* cayeron encima de Angrahit. Al oír a Angrahit gritar, Lakshman y Juguin empezaron a sollozar. Los tres *sipahis* lo arrastraron fuera de la casa, como a un animal.

—¿Acaso hice algo malo, jefe? —pregunto Angrahit, al ser golpeado.

—Vamos, bastardo. Vamos con el jefe de la policía.

Al mismo tiempo que le daba un porrazo en la espalda, el *sipahi* dijo:

—Enfrente del jefe de la estación te enterarás de lo que hiciste mal.

<sup>10</sup>Una versión local de cigarrillo, hecho con 0.2 a 0.3 gramos de hebras de tabaco envueltas en una hoja de tendu (o temburini, cuyo nombre técnico es *Diospyros melanoxylon*).

Arrastrando a Angrahit violentamente, los *sipabis* desaparecieron en la oscuridad de la noche.

Angrahit se había convertido en el chivo expiatorio del asesinato de la noche anterior. Los aldeanos escuchaban el ruido de los lamentos de la indefensa Joguin y el pequeño Laks-ham, desde sus casas.

Cuando llegó el momento de repartir la compensación, la policía se alborotó como una nube de langostas. Había también gente de la ciudad vestida con ropas estridentes. Las banderas de los partidos políticos volaban por encima de los carros estacionados en línea. Era como la feria del pueblo *Haribar*. Mezclado entre los grupos de camarógrafos, se encontraba el niño semidesnudo, que observaba a su alrededor con sorpresa. Viendo las brillantes placas en los pechos de los oficiales de policía, el ojo conocedor volteaba la mirada con asco. Las casadas, las viudas y las hijas del pueblo miraban la organización del escenario del juicio en la espera de que fuera justo. Todavía faltaba un poco para que llegara el gobernador del estado.

Debido a las atenciones del *pradhan*<sup>11</sup> de la aldea, el pueblo brillaba de limpio, al igual que el edificio de la escuela primaria. Estaba llevando a cabo sus responsabilidades muy bien. Tan pronto como se percató de que las jarras de agua en el escenario estaban vacías, le gritó a Sajivna:

—¡Qué pasa, Sajivna! ¡Aún no has llenado las jarras de agua!

Sajivna, inmediatamente, tomó una cubeta y se dirigió al pozo de *Shivala*.<sup>12</sup>

Las masas de gente del pueblo estaban sentadas en la asamblea. Las personas merecedoras de un juicio justo estaban sentadas al frente. Tenían el rostro de pordioseros. Los niños, sentados en los regazos de las mujeres veladas, veían con curiosidad el retrato de Gandhi Baba, que colgaba al fondo. Estos niños todavía no conocían la innovada daga de la justicia india. No sabían que esta daga es utilizada, generalmente, para silenciar la

<sup>11</sup> *Pradhan*, cargo tradicional que equivale a ser el patriarca de una aldea.

<sup>12</sup> *Shivala*, el templo del dios Shiva.

voz revolucionaria de los trabajadores obreros y campesinos de Hindustán. El desvergonzado régimen del gobierno funciona gracias a esta daga.

—¡Jefe, lo impensable ha pasado! —Sajivna regresó corriendo, con la cubeta vacía en su mano. ¡Hay un cadáver en el pozo de *Shivala*!

La asamblea se conmocionó al escuchar a Sajivna, y la gente comenzó a correr hacia el pozo de *Shivala*. El cadáver fue sacado del pozo bajo la supervisión de la policía. Los ojos habían sido extirpados del lacerado cuerpo desnudo del hombre muerto. La policía permitió a la gente acercarse, para que identificaran el cadáver. Las mujeres, al ver el cadáver, bajaron la mirada, avergonzadas. En ese momento, una voz se alzó desde la muchedumbre:

—¡Oh, ése es Angrahit!

Así, el trabajo de la policía había terminado. Al momento en que el hombre fue identificado, la policía se marchó con el cadáver, y aquellos que habían conocido a Angrahit de toda la vida, caminaron detrás de su cuerpo.

El cadáver de Angrahit fue depositado a la puerta de su casa, para que se llevaran a cabo los procesos legales pertinentes. Al ver a Joguín golpeándose el pecho mientras lloraba, los corazones de la gente se desgarraron.

Angrahit era un hombre ante cuya presencia las mujeres cubrían sus rostros con velos, pero hoy su cuerpo desnudo se encontraba expuesto a las miradas de todos los habitantes del pueblo.

Sin siquiera un sudario, el cuerpo de Angrahit era fotografiado por los reporteros. Al ver esto, el ingenuo Lakshman, dijo, llorando:

—¡Madre, cubre a *Baraka Babu* con una tela!<sup>13</sup>

La obediencia de Joguín fue obstaculizada por su pobreza. El cuerpo, al que le faltaban dos *gaz*<sup>14</sup> de sudario, se convirtió en un reto para el maldito deseo de vivir de la avergonzada Joguín. ¿Qué podía ella hacer, y cómo? De pronto se levantó,

<sup>13</sup> *Baraka Babu* es un apelativo respetuoso y cariñoso para el tío (hermano mayor del propio padre).

<sup>14</sup> Un *gaz* es una medida de longitud tradicional india, equivale a una yarda.

agarró a Lakshman y corrió dentro de su choza. Sus sollozos podían ser oídos a través de la puerta cerrada.

Con la llegada del gobernador, la muchedumbre empezó a dirigirse, gradualmente, hacia el lugar de la asamblea. Desde el recolector del distrito hasta el *sipahi* sin nombre, todos estaban presentes en la asamblea. Los rostros de la gente que esperaba el reparto de las compensaciones no tenían expresión alguna, como si fueran a adueñarse de las minas del rey Salomón. Todos los pobres levantaron las orejas con atención, como conejos, al oír las palabras de la autoridad presente:

—¡Hermanos y hermanas! Primero que todo déjenme saludar a la gente de Arawal. El gobierno expresa una profunda tristeza por el asesinato que acaba de ocurrir en este pueblo, y por la muerte de todas aquellas personas asesinadas el pasado 19 de abril. Los culpables de estas muertes nunca serán perdonados. Sé que los partidos de oposición han llevado a los pobres campesinos de este pueblo a la cueva de la muerte. Las compensaciones serán entregadas a las familias de las víctimas vía la oficina de recolección del distrito. Aprovecho para declarar que se entregará una compensación de cinco mil rupias, procedentes de nuestra propia tesorería, a la familia de la víctima del más reciente asesinato, es decir, a la señora Joguin.

Al terminar su discurso, el ministro se sentó y el estruendo de los aplausos se esparció a lo largo de la asamblea. Todos los ojos buscaban a Joguin. Al igual que todos los campesinos, el jefe del pueblo buscaba a Joguin. Eventualmente, el ministro se acercó al patriarca, y juntos empezaron a caminar hacia la casa de Joguin. Las masas de campesinos los seguían. Lakshman, que lloraba junto al cuerpo de su tío, vio a la gente acercarse y se quedó en silencio. El ministro se detuvo frente al cadáver de Angrahit, el inspector de policía levantó el *dhoti*<sup>15</sup> que cubría al cuerpo. La gente bajó la mirada al ver al cadáver lacerado.

—Hijo... ¿Cuál es tu nombre? —preguntó el ministro, mientras acariciaba la cabeza del muchacho.

—Lakshman.

<sup>15</sup> Un *dhoti* es un pedazo de tela que se usa amarrado, debajo de la cintura; aunque la palabra *dhoti* también puede usarse para hacer referencia a un *sari* sencillo, hecho de algodón.

—¿Dónde está tu madre?

—Está adentro, sentada, llorando.

—Ve y tráela. El gobierno le va a dar su compensación.

—Mi madre no puede venir por la compensación.

—¿Por qué, hijo? ¿Por qué no puede venir?

—No había ninguna tela para cubrir el cuerpo de *Baraka Babu* en la casa —respondió Lakshman, llorando—. El cuerpo de *Baraka Babu* estaba completamente desnudo, por eso mi madre se quitó su propio *dhoti* para cubrir su cuerpo. Ahora mi madre está completamente desnuda dentro de la casa. ¿Cómo puede salir así a recibir la compensación?

De pronto, parecía que una serpiente había mordido a todos los presentes. ❖